

Dice el proverbio que "cualquier persona que haya viajado a China puede escribir un libro", máxime si uno observa - como dirigente político - el proceso de desarrollo chino como fuente de enseñanzas y a su vez, nicho de oportunidades para la Argentina y América Latina en general.

Algunas ideas:

- 1) China parece no tener principio, se considera a sí mismo como civilización, una civilización que excede al Estado y al Gobierno, con una historia de más de 5000 años. Esta tradición milenaria es honrada a la hora de la toma de decisiones. Las dimensiones del país, en términos de extensión territorial y población, imponen la **planificación**, expresada en sucesivos planes quinquenales. Nada está librado al azar, todo responde a una meticulosa preparación. Se habla de historia larga (miles de años) e historia corta (varias décadas);
- 2) Esta planificación central contiene dos grandes notas: 1) **la gradualidad**: como reza el proverbio "*cruzar el río palpando las piedras*". Cada vez que se identifica un problema, se analizan las posibles soluciones y se selecciona un curso de acción. El mismo es aplicado en una pequeña escala de la población y del territorio; una vez garantizado su buen funcionamiento, se extiende paulatinamente al resto del país. El desarrollo económico de los 80 y los 90, de apertura y reforma, siguió este modus operandi, con las zonas económicas especiales. Y es de esperar que cualquier tipo de reforma política tenga principio y prueba en los niveles locales; 2) la identificación de claros objetivos cuantificables, partiendo de **una tradición de profunda autocrítica**. Buena prueba de ello resultó el discurso de despedida del anterior Presidente, Hu Jintao, reconociendo, entre otras cosas, que "*la corrupción podría desencadenar el colapso del Estado y del Partido Comunista China*". En cada plan quinquenal, se reserva un capítulo para reconocer todas aquellas metas que no se pudieron cumplir;
- 3) En términos de liderazgo, sorprende la **rigurosa preparación** dentro del Partido y del Gobierno. Los dirigentes no basan su autoridad en el carisma o en el contacto físico con el pueblo, sino que generalmente su trabajo los legitima (tradición mandarín). Como ejemplo: el actual Presidente, Xi Jinping tiene casi 40 años de carrera dentro del Partido, fue secretario privado de un Ministro de Defensa, gobernó una provincia (Fujian), fue Secretario del Partido en otras dos provincias (Shangai y Zheijang), responsable de la organización de los juegos olímpicos 2008, Vicepresidente de la República y de la Comisión Central Militar. Éste último nombramiento en 2010 lo catapultó como indudable sucesor de Hu Jintao, lo cual le permitió prepararse durante dos

años para ocupar su actual función. Este cursus honorum es una marca distintiva de cada generación de dirigentes chinos;

- 4) Tal como sentenció Deng Xiaoping, el artífice del proceso de apertura y reforma, **“el desarrollo como principio absoluto”**. Librarse de las ataduras ideológicas, y buscar la verdad a partir de los hechos. Esta bandera del desarrollo implicó que a partir de 1978 China iniciara uno de los más impresionantes procesos de transformación en la historia mundial, pasando de ser en 1978 una economía de base agraria, con débil capacidad industrial, con más de 100 millones de campesinos en la indigencia y casi 30% de analfabetos, a convertirse en el primer exportador mundial, la segunda economía en términos de PBI, con ingresos medios/altos en términos per cápita, y más de 6 millones de ingresantes anuales al sistema universitario;
- 5) El espectacular camino de crecimiento impone los desafíos de un país que se reconoce y admite “en vías de desarrollo”: 1) la distribución de ingresos intra-social y geográfica (de este a centro y oeste); 2) el desafío medio ambiental; 3) el histórico debate interno entre tradición (nacionalismo) y modernización, debate que podría marcar la política exterior china en las próximas décadas, con epicentro en Asia y el Pacífico; 4) las tensiones propias de la generación de amplias clases medias urbanas, con estándares de ingresos altos, cosmopolitas, universitarias, con ansías de mayores expectativas y por ende, de participación política y ciudadana;
- 6) Último pero no menos importante, ver a China como una oportunidad histórica para América Latina y la Argentina, a partir de una singular complementariedad económica. Una relación con creciente vínculos políticos, económicos y culturales, pero aún lejos de alcanzar su máximo potencial, lo cual requerirá de nosotros aplicar mucho de lo aprendido en este viaje: forjar una visión y formar una generación que la encarne.